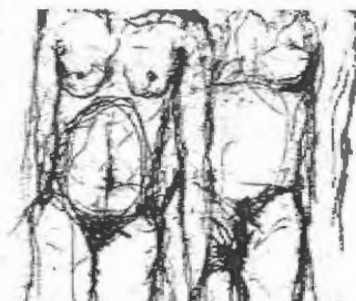


La descolonización del espacio público

Juan Francisco Escobedo

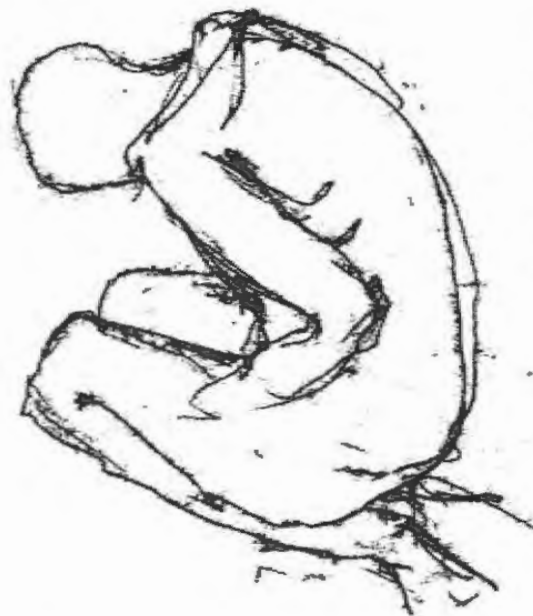
El espacio público donde las opiniones de los actores sociales se expresan en un ejercicio democrático, constantemente está sometido a la tentación colonizadora de los regímenes autoritarios. Revertir esta inercia es deber de los ciudadanos y las organizaciones políticas responsables ya que el espacio público es el ágora de las sociedades plurales, espacio que debe ser ahora, descolo-
oficial. (Palabras públicas, espacio cracia, autorita-



nizado de la voz clave: Opinión pública, democracia.)

La tendencia a controlar el espacio expresiones plurales es un rasgo distintivo de los regímenes políticos autoritarios. La democracia como procedimiento y régimen político tiende a albergar la más amplia constelación de intereses, ideas y voces. Si un régimen que sale de los años grises del autoritarismo, como es el caso del mexicano, se rezaga en la formulación de las reglas jurídicas e instituciones políticas que permitan el ejercicio pleno de las libertades y derechos fundamentales, especialmente en materia de derecho de acceso a la información pública, tendrá enormes dificultades para consolidar la democracia naciente.

Por ello, la universalización de los derechos políticos, el despliegue de las potencialidades de los ciudadanos y la renovación de las relaciones e intercambios entre los actores sociales y el poder público constituyen



82

constituyen prácticas cada vez más aisladas y excepcionales. Los ciudadanos pueden votar y esperar razonablemente que su voto sea respetado. Es importante subrayar que este logro en tierras mexicanas es un acontecimiento histórico que el régimen posrevolucionario nos regateó sistemáticamente. Pero se trata de la mitad del camino que es necesario recorrer, para que nuestra incipiente democracia adquiera los rasgos de una democracia consolidada y deliberativa. Para que esto sea posible, además y simultáneamente a la solución de los agudos problemas sociales y a la recuperación del crecimiento y reformulación del sentido y objetivos del desarrollo, es necesario superar todas las restricciones que atentan o debilitan la voz de la sociedad, expresada de manera directa por los ciudadanos o a través de sus múltiples mediadores.

Para sobrevivir a sus rutinas e inercias burocráticas, un régimen que se democratiza requiere la existencia de un plural, libérrimo y dinámico espacio público. El espacio público no alude a la institucionalización de un espacio físico, institucional o a determinados formatos, para expresar opiniones tributarias del poder público. El espacio público es una fre-

una palanca decisiva para evitar que el cambio hacia la democracia sea suplantado por un mero cambio de elites o de partido en el poder.

La democracia necesita expresarse en sus dimensiones clásicas: el voto y la voz. El camino azaroso que han recorrido las reformas y las mutaciones políticas y económicas de los últimos quince años en México, permiten afirmar que el derecho y el ejercicio del voto tienden a ser cada vez más libres y respetados. La manipulación de los procedimientos electorales y la distorsión de la voluntad de los votantes, por fortuna

cuencia social abierta a la que concurren todas las voces con cierta capacidad de gestionar sus temas e intereses, siempre en relación con las acciones, políticas y decisiones de los poderes del Estado.

La estrecha relación entre las múltiples, complejas y vertiginosas expresiones y opiniones que se producen en el espacio público con los poderes del Estado, empuja a quienes los encabezan a colonizarlo con la voz oficial. Para que las voces que se vierten en el espacio público no sean exclusivamente apologistas de la opinión pública oficial, es preciso que los actores sociales trasladen su voz y contrasten su visión en las diversas arenas que conforman el espacio público.

Para hacerlo con eficacia es preciso que los actores sociales a su vez, auspicien en su entorno y de manera sistemática la articulación de espacios públicos periféricos no oficiales, imprescindibles para contrapesar e irradiar de pluralismo a la opinión pública, que no es sinónimo de la opinión pública oficial ni de la opinión publicada.

Es preciso alentar la expresión pujante de espacios públicos periféricos, enriquecidos con las voces y opiniones de los ciudadanos y actores sociales que, a su vez, se articulan con los actores sociales líderes de cada espacio, como: las organizaciones sociales, las organizaciones no gubernamentales, los sindicatos, las asociaciones de vecinos, de trabajadores agrícolas, los centros de estudios, las iglesias, etc. Y si además, los actores sociales gestionan con eficacia y contundencia sus temas e intereses en el espacio público central, la opinión pública no será siempre homologable a la opinión pública oficial y el espacio público no se convertirá en el foro de rendición de tributos y alegorías a los poderes del Estado. Las transformaciones del espacio público se refieren con tanta o mayor contundencia a la transición democrática, como los procesos electorales, el desplazamiento del PRI del poder o la formulación de nuevos diseños institucionales.

Es en las arenas del espacio público donde dialogan e influyen recíprocamente los poderes del Estado y las diversas organizaciones y mediaciones de la sociedad civil. La existencia de un espacio público no subordinado *per se* al Estado, constituye la condición necesaria para que las rela-

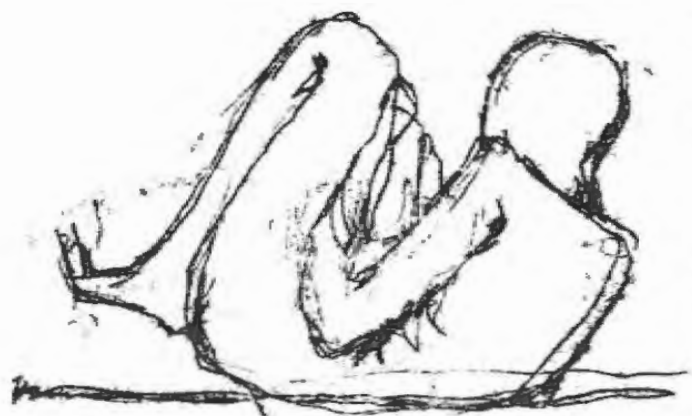
83

ciones entre los poderes públicos y la sociedad se den bajo nuevos términos. Un espacio público plural y pujante es determinante para construir acuerdos, articular consensos, abrir recesos en el diálogo sin que se generen consecuencias negativas para los portadores de disonancias. La democratización implica que el poder público pierda el monopolio del espacio público, obligándose a dialogar no imponer, a intercambiar no a dictar. En ese proceso fundamental se encuentra nuestro país. Los actores sociales tradicionales o renovados juegan un papel decisivo en la reconstrucción del espacio público y de las múltiples modalidades y medios para suscitar la deliberación de la cosa pública y de todos sus aledaños.

Las relaciones tensas y críticas entre la esfera pública central, cuyo eje es el poder público, y las esferas públicas periféricas son imprescindibles para que la voz y las voces de la sociedad, con su abigarrada constelación de ideas e intereses, se expresen y escuchen adecuadamente, y no predomine la voz de la burocracia que en nombre del "pueblo", de la "sociedad" o de los "ciudadanos" suele hablar y actuar, y no siempre con las consecuencias esperadas. El intercambio de voces e ideas entre los actores sociales que concurren a las arenas del espacio público es fundamental para que las opiniones de la opinión pública sean razonables y no siempre expresión acrítica para legitimar los despliegues del poder público.

Los límites al poder, indispensables en una democracia representativa, se encuentran en la fortaleza de las instituciones públicas, en la vi-

gencia del Estado de Derecho y en la expresión activa de una opinión pública fuertemente colonizada por las ideas, voces e intereses de la sociedad y los ciudadanos. Allí donde la relación entre poderes es asimétrica y subordinada, donde



las leyes y los órganos del Estado responsables de hacerlas cumplirlas sirven a los intereses ilícitos de las personas o de los servidores públicos, y donde además prevalece la opinión oficial por encima de las voces disonantes pero indispensables de la sociedad, siguen predominando los componentes autoritarios del régimen político.

La democratización del país necesita votos y voces libres, pero no autistas. La sociedad democrática presupone el despliegue de la deliberación pública, el ensanchamiento del espacio público, pero fundamentalmente la vitalidad de los espacios públicos periféricos que constituyen la savia y la voz de la sociedad civil. Sólo así, la relación entre el Estado y la sociedad propiciará círculos virtuosos o, en el mejor de los casos, alentará un clima de mayor tolerancia.

Las sociedades democráticas necesitan que la voz y las voces de los ciudadanos y actores sociales se escuchen y, en una relación dialógica, escuchen al poder con oídos y ojos críticos. De esta suerte, habrá condiciones más propicias para evitar el monólogo estatal o la autosuficiencia societal. Ninguna de las dos expresiones radicales es deseable para el orden político mexicano que se democratiza. Y para que ello sea posible, los medios y los actores sociales tienen que jugar un papel crítico y propositivo en relación con la agenda del Estado y los temas de la sociedad. Y acudir a las variadas arenas donde se crean los consensos temáticos y temporales que expresan las opiniones de la opinión pública, para influir de manera más preponderante en el proceso de cambio político de México, que encuentra en la reconstrucción del espacio público a una de sus palancas más importantes.